

Sociología brasileña, Latinoamérica y la tercera fase de la modernidad¹

José Maurício Domingues

Introducción

EN ALGUNOS MOMENTOS DEL SIGLO XX, las sociologías producidas en los diversos países latinoamericanos se comunicaron en una forma muy intensa. Eso sucedió durante los años cincuenta, los sesenta y los setenta. Incluso la sociología brasileña, en general más aislada tal vez por causa de la diferencia de idioma y por la magnitud continental del país, formó parte intensamente de los debates. Luego, la violencia de las dictaduras del subcontinente redujo de manera significativa los espacios de intercambio posible entre los científicos sociales de estos países. Las transiciones a la democracia establecieron nuevamente canales de comunicación para la producción sociológica en América del sur —con una fuerte presencia de “latinoamericanistas” en especial de Estados Unidos—. Si las cuestiones de la modernización y del populismo, así como después el problema de la dependencia, fueron los ejes alrededor de los cuales giró la discusión, con aquellas transiciones la mirada se dirigió a una temática de extrema importancia pero más delimitada. Muchos debates se realizaron sobre los problemas de la democracia misma. La ciencia política protagonizó este retorno a una ciencia social latinoamericana. ¿Qué decir, sin embargo, de la sociología? ¿Sobre todo qué decir del rol de la sociología brasileña en este proceso, una vez que fue en aquel periodo anterior una de las más destacadas en los debates sea sobre el desarrollo, sea

¹ Ponencia preparada para el panel “La sociología en la Argentina y la América latina”, II Congreso Nacional de Sociología (UBA, Buenos Aires), agosto de 2004; y el Seminario *La Encrucijada latinoamericana. Balance y perspectivas del nuevo escenario regional* (LLP, UNSAM, IUPERJ), Buenos Aires, diciembre, 2004. Agradezco a María Maneiro la discusión del contenido y la revisión del español.

sobre la modernización, o aun sobre la dependencia? Brasil ha tenido siempre más dificultad de verse como parte de América Latina (Domingues, 1992), lo que se refleja muchas veces en su sociología. ¿Cambió eso?

Mi intento en este artículo es presentar una síntesis de algunos elementos importantes de la participación de la sociología brasileña en el debate latinoamericano acerca precisamente de aquellos temas, avanzar en una crítica a su postura en el pasado reciente y en el presente, e introducir, por ende, una área general de investigación que, desde una hipótesis teórica sobre la situación de América del sur y central en la modernidad global contemporánea, pueda constituirse en un eje capaz de organizar lo que no es todavía más que un regreso parcial de la vocación continental de nuestra sociología. Hasta ahora son la ciencia política y la sociología del trabajo y, en menor grado, la sociología de los movimientos sociales, las que se han movido en una dirección integradora de las problemáticas de los diversos países del subcontinente. Sin perder de vista aquellas contribuciones, que a veces sustentan intuiciones que pueden apuntar hacia la cuestión teórica más general, lo que me gustaría poner de relieve en el último apartado de este breve aporte es una demostración de la importancia de la teoría sociológica —en contacto por supuesto con la teoría social más interdisciplinaria— para regresar a aquella vocación continental.

Trayecto de la sociología brasileña y Latinoamérica

Gran parte de la trayectoria de la sociología en Brasil ya fue estudiada de maneras diversas. Una contribución especialmente interesante es la de Werneck Vianna (1997:198), quien propone dos tipos ideales según los cuales la sociología en Río de Janeiro, representada por el ISEB, tenía una vocación más directamente política, mientras en São Paulo, en torno a Florestan Fernandes, la sociología fue desarrollada por una comunidad más dedicada a la investigación, un colectivo especializado y, en principio, aislado de la política. Es necesario ampliar esta caracterización, que resulta parcial en especial si nos interesa tratar la relación de la sociología brasileña con Latinoamérica. En São Paulo los esfuerzos de Fernandes como *maître d'école* fueron fructíferos a su vez en el sentido de abrir espacio para las obras de Fernando Henrique Cardoso, aunque otros aportes se relacionen con teorías y temas más generales. En Río de Janeiro hace falta considerar las ideas de Luiz Costa Pinto (Maio y Villas Boas, 1999), menos brillantes tal vez, pero cruciales para la articulación de la sociología brasileña con sus vecinos cercanos.

De una manera general, a Fernandes le interesaban muchísimo los procesos de transformación de la sociedad brasileña en términos de su modernización. Sin embargo, no recurrió al funcionalismo —que le brindó ideas cruciales en otras áreas de investigación y en lo que uno de sus alumnos consideró su “eclecticismo bien temperado” (Cohn, 1987)—, aún menos en su versión parsoniana, tan estimada por los teóricos de la modernización de los años sesenta. Fue más una mezcla de marxismo y weberianismo lo que utilizó para comprender la dilatada “revolución burguesa” en Brasil (de la cual estaba necesariamente ausente la democracia, en lo que dependiera de la burguesía) y el proceso de modernización del país (Fernandes, 1975a).² Pero si Brasil era el tema dominante en su pensamiento, la dependencia y la debilidad de la burguesía latinoamericana, con conclusiones también pesimistas, la Revolución Cubana, con una crítica clara a la posición foquista, y el autoritarismo en el subcontinente, fueron asimismo objeto de su mirada interpretativa (Fernandes, 1975b; 1979a y 1979b). Sus estudiantes fueron más lejos en esta dirección. Ianni (1974) propuso una teoría general del “Estado populista” en América Latina y Weffort (1978) utilizó la teoría del populismo de Gino Germani (en lo que tenía de más funcionalista e ideológico) para, al mezclarla con el marxismo —en su caso de un economicismo extremo, debo añadir—, alcanzar una interpretación bastante negativa de la trayectoria del movimiento obrero brasileño y en especial de la izquierda del país. Pero fue con Cardoso que, como es sabido, la sociología de São Paulo adquirió un estatuto verdaderamente latinoamericano. Antes de detenerme brevemente sobre algunos de sus aportes y límites, es interesante que hagamos una desviación para enfocar el trabajo de Costa Pinto en Río de Janeiro.

La “revolución burguesa” y también los problemas a ella vinculados —como la trayectoria del movimiento obrero, las características de la burguesía misma, sus proyectos y posibilidades, los límites del sistema político y los caminos necesarios para la “revolución” democrática— establecieron el núcleo de lo que se podría llamar la “escuela paulista” de sociología. A la vez, en Río de Janeiro dos intentos, en especial, se mostraron importantes. Ya mencioné arriba el ISEB, una escuela de carácter distintivamente político, nacionalista, extremadamente concentrada sobre el Brasil, sobre sus retos y su destino, cuya sociología, no obstante la contribución de Guerreiro Ramos, no estableció un patrón definido de trabajo. Más importante en ese sentido

² Lo que llamó la “doble articulación” entre la gran propiedad agraria y el imperialismo, sin que hubiera voluntad política de la burguesía para romper revolucionariamente estos límites para su desarrollo, era el marco histórico que conducía a Fernandes a esta visión negativa y a la demanda por una “revolución democrática”, de base popular.

fue Costa Pinto, sobre todo si nos interesa subrayar la articulación de la sociología brasileña con sus congéneres en los otros países del subcontinente. El cambio social y la “sociología del desarrollo” lo conectaron con una discusión anterior a la de la teoría de la dependencia, aunque sus ideas suenan hoy demasiado sencillas y quizás ingenuas. La problemática general del “desarrollo” económico y social e implícitamente la ciudadanía —en contraposición a la “modernización”, que veía como meramente una occidentalización e incorporación desviada de algunas capas sociales— domina las proposiciones que el optimismo de la época brindaba a los autores que creían en una posibilidad de ultrapasar los aspectos retrasados de la región sin mayores cuellos de botella o rupturas traumáticas, desde que el estado fuera capaz de movilizar a la sociedad para alcanzar aquellos blancos, además integradores del todo, y planificar los rumbos económicos y de la sociedad en general (Costa Pinto, 1963a, 1963b y 1970). Fue así, incluso, que, con financiamiento de la UNESCO, se creó, bajo la dirección de Costa Pinto, en Río de Janeiro, el Centro Latino Americano de Pesquisas Sociais —CLAPCS—; tal vez fue éste el momento en que Brasil estuvo más integrado con la sociología de los países hispanohablantes (Lippi, 1995).

Ya Cardoso, uno de los más destacados científicos sociales del subcontinente, arrancó de una problemática que era tributaria de la enseñanza de Florestan Fernandes. Las perspectivas de la burguesía y las alianzas necesarias para llevar adelante el desarrollo pronto capturaron su imaginación. América Latina, y no sólo Brasil, le ofreció, sin embargo, un tema más abarcador, que le permitió a Cardoso desplazarse de una preocupación un tanto provinciana respecto de Brasil, que dejó su huella en la obra de la mayoría de los sociólogos de este país. En eso Cardoso (1965 y 1967) se acercó a los cultores de la teoría de la modernización, sea en el análisis del rol de las élites en los procesos de desarrollo, sea en la identificación de los límites, dados por elementos “tradicionales” en su perspectiva, y en las posibilidades de las burguesías brasileña y argentina.³ Un poco más tarde las teorías del autoritarismo y de la democratización se convirtieron en el tema de su preocupación (Cardoso, 1975b). Pero fue con la teoría de la dependencia —o no teoría, como dijo más tarde— que asomó con más fuerza en el escenario de las ciencias sociales latinoamericanas. La teoría de las élites juega un rol importante en su argumento, tejido conjuntamente con Enzo Faletto. Las teorías económicas de la CEPAL brindan el telón de fondo para la discusión. El eje del libro se sitúa en la afirmación de la posibilidad del desarrollo económico en situa-

³ Paso que revela un aspecto de su pensamiento que mantuvo y quizás haya reforzado hasta recientemente. Véase Cardoso (2002).

ciones de dependencia, asociado al imperialismo, en contraposición a la ingenuidad de las teorías del desarrollo más antiguas, diferentemente de las teorías de la modernidad que ponían el acento en los rasgos de atraso de la cultura ibérica de nuestros países y en contra del catastrofismo (o simple pesimismo) de aquellos que creían que, en condiciones de dominación imperialista, no habría ninguna posibilidad de desarrollo para América Latina. Alianzas de clase, bajo la conducción de élites capaces de proponer un proyecto nacional, en condiciones económicas que implicaron un cierto nivel de diversificación económica, podrían combinarse con una relación con el imperialismo que permitiría entonces el desarrollo sin ruptura (Cardoso y Faletto, 1969).

La influencia de esta perspectiva en términos globales fue enorme. Sin embargo, a Cardoso (1975a) no le gustaba pensar que el análisis de la dependencia que había propuesto era más que un instrumental para el estudio de "situaciones concretas" de dependencia. La teoría del imperialismo era todavía el marco dentro del cual se movía, así que rehuía cualquier pretensión de dibujar un enfoque general en el plan conceptual. En lo que hace a la metodología, un análisis histórico estructural guiaba su perspectiva investigativa. De todos modos, fue una especie de teoría general, que refería a la situación del subcontinente de manera amplia y conceptualmente estructurada, lo que quedó de su esfuerzo interpretativo de la contemporaneidad latinoamericana, a la que se agregaban otros brasileños, tanto de posiciones más izquierdistas (sobre todo Rui Marini y Theotônio dos Santos), como más liberales (como Hélio Jaguaribe), cuyas ideas sin embargo no lograron el mismo impacto (Devés Valdés, 2003: cap. 1).

En esos años, la sociología brasileña había sufrido el mismo destino que las sociologías de sus países vecinos. Poco quedaba de la sociología de la Universidad de São Paulo, de la escuela de Fernandes. Una renovación generacional ocurrió en las ciencias sociales en Brasil. Poco a poco la cuestión de la democracia, a través de un regreso de los estudios de carácter histórico de las "raíces" del país, se puso en el centro de la escena. El tema de la "modernización conservadora", incluyendo la alianza entre terratenientes y burguesía industrial, pero también la cuestión del corporativismo, se mostró decisivo, por ejemplo en la obra de Werneck Vianna (1976). Sin embargo, esta zambullida en la historia del país se hizo a costa de un estrechamiento de la perspectiva, en el sentido de que América Latina cedió paso a preocupaciones más delimitadas en términos temáticos. Acompañó este movimiento un fuerte sesgo empiricista en dicho proceso de institucionalización de las ciencias sociales en el Brasil (Miceli, 1995).

Como ya dije, la ciencia política aprovechó mucho más ampliamente el proceso de transición de las dictaduras militares hacia la democracia que la

sociología para retejer los lazos continentales. En este movimiento despuntó además una especialización disciplinar que no se encontraba al menos en esa forma en el periodo anterior, en que la sociología incluía en su órbita la interpretación de los procesos políticos continentales. La formación doctoral de muchos latinoamericanos, muchas veces de hecho, o casi, en exilio, en Estados Unidos, estimuló esta especialización. A la sociología se le coloca ahora la necesidad de encargarse, creo, de una interpretación más general de la situación contemporánea del subcontinente. Ésta ha sido su vocación desde su emergencia en Europa occidental en el siglo XIX. Para eso, creo, la teoría sociológica y social más generalmente se presenta como crucial. Debemos, sin embargo, buscar dilucidar con un poco más de detalle lo que eso puede significar.

Para una teoría de la modernidad contemporánea en Latinoamérica

Florestan Fernandes fue probablemente el más grande sociólogo brasileño hasta nuestros días —el más grande también, creo, en América Latina, al lado de Gino Germani—. Conocía con gran profundidad y con extrema sofisticación las teorías clásicas y las tendencias contemporáneas en la sociología, la ciencia política y la antropología. No obstante, declinó de la estrategia de construcción de teorías por científicos brasileños. Nuestras tareas eran demasiado urgentes y no disponíamos de recursos para enfrentarlas todas, argumentó. Las universidades de los países más ricos deberían encargarse de la producción de teorías generales, mientras nosotros nos concentraríamos en el estudio de nuestras realidades específicas (Fernandes, 1958). Una clara división del trabajo intelectual era de este modo sugerida, la cual Fernandes abrazó sin jamás volver atrás. Otros la sustentaron no tan sistemáticamente en Brasil, pero su práctica fue testigo de concepciones con tal vez aún menor grado de inclinación teórica. Así que, mientras yo pienso que la teoría tiene un rol importante a cumplir en las ciencias sociales, por otra parte no creo que la estrategia de Fernandes tenga más sentido hoy en día, si es que verdaderamente lo tuvo en el pasado.

La madurez de las ciencias sociales en Brasil, aunque su producción sea bastante desigual, y en los otros países del subcontinente, con el establecimiento de una masa de profesionales, también de calidad por supuesto variada, nos permite caminar en una manera más autónoma. Es más, hace falta intentarlo, una vez que el ejemplo de la teoría de la dependencia, en lo que pese a una cierta timidez de Cardoso y tal vez de Faletto, demuestra que es una mirada que se origina más localizadamente la que puede brindar interpretacio-

nes originales y adecuadas de esta realidad. Desde luego, no se trata de recusar las teorías y contribuciones específicas que nos vienen de Europa y Estados Unidos, sino de producir interpretaciones teóricas que sean sensibles a la realidad concreta de América del Sur y central. Una de las problemáticas más importantes en el momento es aquella que apunta para la interpretación de la fase actual de la modernidad. Hay algunos intentos de proponer una visión general. Éste es sobre todo el caso de la interpretación de García Canclini (1990), que percibe lo que piensa ser la fragmentación cultural de la posmodernidad latinoamericana. En el resto de este trabajo me voy a plantear una interpretación más sociológica de la presente, la cual no obstante es capaz de incluir las preocupaciones de Canclini, aunque en una manera subordinada.

Antes de todo, una palabra sobre el concepto de modernidad. Su fortuna en América Latina fue contradictoria, puesto que se la asoció estrechamente a la teoría de la modernización. El marxismo en especial ha preferido hablar de capitalismo, por supuesto. Aquí utilizaré del concepto de modernidad dentro del marco de la teoría crítica que, considerada de una manera ecuménica, se encuentra en las obras más antiguas de Giddens y sobre todo en las de Habermas, a modo de incluir en su definición no sólo al capitalismo sino también al imaginario y las otras dimensiones institucionales de la modernidad, sin privilegiar la dimensión económica de la vida social. Más allá de esta definición bastante general, importa aquí comprender su evolución en lo que quiero definir como tres fases, la más reciente aquella en que vivimos precisamente ahora (véase Domingues, 2002a).

Una interesante literatura sobre la crisis del “capitalismo organizado”, como algunos lo definieron, fue producida cuando quedaron claros los límites de las políticas keynesianas así como los problemas del Estado Benefactor a mediados de la década de los ochenta. Wagner (1994) prestó a esa literatura una interpretación novedosa, poniendo énfasis en el aspecto discursivo de aquella formación que se cerraba, y propuso la idea de que la modernidad había atravesado dos fases —una “liberal restringida”, la otra “organizada”, que tenía el Estado en su ceño— seguidas ambas por dos crisis. La segunda fue incluso interpretada como “posmodernidad”, definición que Wagner percibió solamente como un diagnóstico de la crisis. Boltanski y Chiapello (1999) plantearon la idea, muy cerca de Wagner, a quien sin embargo leyeron en una clave weberiana, de una tercera fase del capitalismo, caracterizada por la “ciudad de los proyectos” y la expansión de las “redes” sociales, acompañadas de sus teorías legas de la justicia.

Para lidiar exactamente con esas transformaciones yo propuse la tesis de una tercera fase de la modernidad, que incluye por cierto las redes (y su

mecanismo de articulación, la “colaboración voluntaria”) en forma central, pero de manera más amplia o menos reduccionista la llamé “articulada mixta”, en el intento de subrayar, en un plan con todo *analítico*, el rol destacado de los mecanismos jerárquicos (articulados por el “comando”) y de mercado (articulados por el “intercambio voluntario”), al lado de las redes. Eso deriva de un aumento de la complejidad social, que demanda una creciente flexibilidad de los mecanismos de coordinación de la acción social, pero al mismo tiempo la posibilidad de solidaridad entre los agentes, aunque a veces de una manera que excluye a otros individuos y colectividades. Además, planteé la tesis de que la segunda fase de la modernidad fue organizada por el Estado como tal, mientras la primera no fue el reino de la libertad simplemente, sino que en su centro organizador se hallaba el mercado y la coerción que en muchos aspectos ejerce sobre la acción de los agentes sociales. La situación presente supone nuevas formas de coerción y libertad, en un mundo cada vez más complejo y descentrado. Por lo tanto, no se trata de sacar conclusiones que impliquen la emergencia de formaciones de ruptura total, como una “sociedad de red” pura, ni tampoco de desconocer las transformaciones en curso. Una instancia equilibrada y novedosa es lo que se requiere.

En América Latina, la modernidad liberal restricta fue todavía más restringida, pero su dinámica implicaba también la predominancia del imaginario moderno, el desarrollo de las instituciones modernas y la incorporación más o menos amplia de las masas a aquel universo. La segunda fase, basada en general en el modelo corporativo —el patrón “cooptación-represión” de las masas obreras de que nos habla Spalding Jr. (1987) —, incluyendo bosquejos más o menos completos de Estado Benefactor, y teniendo en su centro en el mejor de los casos el Estado nacional-desarrollista, conllevó una profundización, en forma particular, de la modernidad en el subcontinente. La crisis que emergió en el centro del sistema durante los años setenta tuvo su contraparte, también en la periferia y en especial entre nosotros, en la crisis del modelo de intervención estatal que entre los años treinta y setenta se implantó de manera desigual y específica en estos países.

La crisis perduró hasta el inicio de los años noventa. No creo que la década siguiente haya solucionado los *impasses* y desfases que experimentaba América Latina. Para nada. Predicado por los organismos financieros internacionales y las grandes potencias que ganaron la Guerra Fría, el neoliberalismo asomó como una solución para aquellos problemas. De hecho, los profundizó muchas veces (Borón, 2003). Empero, procesos sociales más profundos reconfiguraron la región y sus realidades nacionales, en gran medida fruto de procesos endógenos de complejización de la vida social, del agotamiento de aquella especie de intervención estatal y del impacto que a

nivel global la crisis de la modernidad proyectaba sobre América Latina, requiriendo nuevas maneras, más flexibles pero seguramente no neoliberales, de articular, de coordinar los procesos sociales en sus diversas dimensiones. Todavía buscamos definir, como de hecho sucede en todo el mundo sin excepción hasta ahora, qué modelo debe reemplazar al anterior, aunque la dinámica social va de por sí delineando paulatinamente los patrones que poco a poco se afirman en la región, estén los gobiernos atentos o no a esas transformaciones, y sean o no capaces de ofrecer soluciones adecuadas, más o menos democráticas, a las nuevas demandas de la sociedad.

Debo añadir un concepto acuñado por Trotsky (1967: cap. 1), utilizado más tarde por Costa Pinto (1970:21-23 y 31 y ss.) para hablar de los procesos que interesaba teorizar en América Latina: el concepto de “desarrollo desigual y combinado”. El desfase entre centro y periferia, entre países y regiones, al mismo tiempo que sus especificidades, que derivan tanto de la dinámica interna como de la posición de estos países y regiones en sistemas inclusivos, figuraban en el núcleo de este concepto. Éste es un prisma que vale la pena mantener. Pero quiero añadir otra posibilidad analítica en el uso del concepto de desarrollo desigual y combinado, es decir, el usual desfase, y también la especificidad en términos de contenido, que suele ocurrir entre las diversas dimensiones de los procesos sociales (en el plano de los sistemas económicos y políticos, en la identidad y la dimensión simbólica, en los movimientos sociales y otras formas de organización de la vida social). Con el concepto de tercera fase de la modernidad, complementado por el de desarrollo desigual y combinado, creo posible proponer una comprensión general de la América Latina contemporánea.⁴

Además debemos tomar en cuenta que los procesos que se despliegan en América Latina interactúan y son impulsados fuertemente por lo que sucede en otras partes del sistema global, principalmente lo que ocurre en los centros dominantes, cuya dinámica impacta de manera particularmente aguda sobre el sistema en su conjunto. Efectos típicos de la tercera fase de la modernidad pueden aparecer por lo tanto en el subcontinente siendo producidos por procesos exógenos; lo opuesto es también verdadero, aunque en forma menos aguda, en general. Países y regiones no son entidades autónomas y cerradas; al revés, su dinámica se mezcla con procesos “externos” a los que ocurren dentro de las fronteras nacionales y es en verdad tejida por ellos en gran medida, o que se acentúa con la profundización de la globalización.

⁴ Hay en el concepto de desarrollo combinado y desigual algunos puntos de contacto con el de “asincronía del cambio social”, de Germani (1965:16-17 y 98-109). Pero mientras para Germani el fin del proceso de transición a la modernidad debería traer una integración funcional de las diversas partes y grupos sociales, aquel otro concepto no implica ni *telos* ni integración.

Una contribución interesante de la sociología al análisis empírico del subcontinente y a la teoría social contemporánea se podría alcanzar desde este prisma. Para comprender mejor lo que significa, me gustaría detenerme en algunos ejemplos concretos de cómo se expresa empíricamente la idea de articulación mixta en la tercera fase de la modernidad en América Latina.

En primer lugar interroguemos la cuestión nacional; en especial detengámonos en la crisis boliviana y en la reemergencia de la etnicidad en este país (Basset, 2004; Domingues, en prensa). Bolivia no podría ser considerada, si tomamos su estructura de clase, su nivel de desarrollo económico y social, uno de los países más avanzados del subcontinente. Sobre todo nunca logró verdaderamente establecer un Estado nacional unificado y homogéneo. Al revés, en los últimos años su clase obrera declinó numéricamente y tal vez más aún en términos ideológicos —siguiendo la crisis del marxismo revolucionario luego de la caída del mundo soviético—. La Central Obrera Boliviana (COB), anteriormente tan poderosa, cayó en declive y las reformas político-administrativas introducidas para acercar al Estado a las regiones más indígenas del país, al lado de otros procesos de valoración de los idiomas originales de estas poblaciones, contribuyeron para moldear nuevas formas de identidad y nuevas formas de organización y movimiento —a menudo basados en el mecanismo de red— de los antiguos habitantes de Bolivia. Si bien es posible detectar transformaciones económicas y sociales más o menos profundas en la formación social boliviana, fue antes que nada en el plano simbólico e identitario, así como, casi como una consecuencia, en el plano político, que se encuentran los rasgos más claros de lo que se debería caracterizar como la tercera fase de la modernidad en aquel país. La crisis del nacionalismo y la reemergencia de la identidad étnica, con sus más flexibles formas de organización, marcan su específica pertenencia a la modernidad de articulación mixta.

Si en Bolivia esto es demasiado explícito, expresa en forma radical lo que ocurre en los otros países del subcontinente, aunque en algunos de ellos los problemas étnicos no cubren tanta importancia, sustituidos o no por el problema racial del negro, caso típico de Brasil. De modo general son los procesos de aumento de la complejidad interna, combinados con presiones externas, que implican en ambos casos pérdida de la capacidad del Estado nacional de generar un tipo de cohesión basado en el achatamiento de las diferencias y disparidades que en el pasado logró homogeneizar en mayor o menor grado, en todo caso más profundamente que en el momento presente, aunque no haya una crisis absolutamente general del Estado y de la identidad nacional en los países latinoamericanos.

Los procesos de reestructuración productiva y sus impactos sobre el mundo del trabajo son otra dimensión donde podemos observar procesos desigua-

les y combinados de desarrollo de la tercera fase de la modernidad. La magnífica compilación coordinada por Garza Toledo (2000), que evidencia una posibilidad de colaboración modélica para las ciencias sociales en Latinoamérica, brinda datos en abundancia acerca de dichos procesos. El fordismo, “periférico” por supuesto, penetró estas sociedades en forma solamente parcial. Su crisis fue seguida por la introducción igualmente parcial del post-fordismo, ya que plantas fordistas y un gran número de empresas por así decir “pre-fordistas” se mantienen en actividad. En los países industrialmente más avanzados de la región, notoriamente Brasil, México y Argentina, hay un claro proceso de reestructuración y flexibilización en curso. Sin embargo, los procesos de trabajo no pasan por modificaciones tan extensivas en todos los casos, si bien en algunos de ellos se puedan encontrar transformaciones que apuntan al modelo toyotista y a la responsabilización de los equipos de trabajo, los que obtienen más autonomía dentro del proceso productivo. Más generalmente son los aspectos “duros”, ligados a los cambios tecnológicos, los que caracterizan la reestructuración productiva, combinándose con el mantenimiento de rasgos centrales del fordismo y fuertes jerarquías en la organización del trabajo. Los sectores de las telecomunicaciones y metalmecánico son aquellos que de modo general, a pesar de limitaciones, pasan por cambios de más largo alcance. Otros sectores se quedan sea en el fordismo, sea en la utilización de procesos de trabajo que explotan la abundante mano de obra en esos países de manera extensiva antes que intensiva, en plantas que algunos llamaron “*sweatshops*”, en lo que hace a su configuración en el mundo globalizado no solamente como una supervivencia, sino como un rasgo esencial. Modalidades distintas y combinadas, no necesariamente “funcionales”, con todo, unas para las otras, se mezclan en los procesos productivos de la tercera fase de la modernidad latinoamericana. De todos modos ese post-fordismo periférico y más limitado en América Latina se vincula directamente a su más radical implementación en otras partes.

Amén de lo que pasa en los procesos productivos mismos, pero en conexión con lo que ahí ocurre, es interesante observar que la segmentación de los mercados de trabajo alcanzó un nuevo nivel en América Latina, pero también en su articulación con el plan global de distribución de la fuerza de trabajo disponible para absorción por el capital. La polémica desatada por la tesis de Nun en los años setenta sobre la “masa marginal” en el capitalismo latinoamericano adquirió de este modo una nueva relevancia, que tiene que ver con la heterogeneización aún más grande hoy de los procesos industriales, con la fragmentación de los mercados de trabajo y con la pérdida de identidad de la clase obrera como una subjetividad colectiva con capacidad de movilización y centralización dinámica. Una serie de cuestiones con arre-

glo al futuro del trabajo se replantean así para la sociología latinoamericana, como parte por supuesto de la sociología de la modernidad global en su fase actual (véase Nun, 2001).

Una hipótesis bastante plausible que deriva de estas transformaciones en el mundo del trabajo implica una transformación más o menos radical de la política. En muchos de los países de la región el sistema y los partidos políticos se basaron en la incorporación de la clase obrera organizada en forma más o menos controlada o autónoma, y en su movilización. Éste es claramente el caso de Argentina, con el peronismo, en parte de México, con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y la incorporación de los sindicatos al orden político, y de Bolivia, con el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). De otra manera algo de este tipo ocurrió también en Brasil, primero con Vargas, luego de la más reciente transición democrática con el Partido dos Trabalhadores (PT). En todos esos casos los partidos que descansaban sobre esta base social decayeron o cambiaron de manera profunda, internamente y en lo que hace a sus relaciones con la sociedad, en parte por la desorganización de su base obrera, como hemos visto arriba, fuertemente cambiada, y con la decisión de dar respuesta al agotamiento del modelo económico de sustitución de importaciones recurriendo a políticas neoliberales, lo que contribuyó aún más para desorganizar sus bases sociales. Una crisis de representación es incluso detectada por muchos autores, sin perjuicio de la consolidación de los partidos como máquinas electorales, sin embargo menos conectados a la sociedad (véanse las contribuciones en Cavarozzi y Abal Medina, 2002).⁵ Tomemos los ejemplos de Argentina y Brasil.

La pérdida de influencia de los sindicatos en el peronismo ha llevado sea a una actitud autoritaria ante las clases populares —el ejemplo de la criminalización de la protesta social expresada en los piqueteros evidencia esa opción—, sea a una renovación y expansión de las formas clientelistas de conexión entre el partido y la sociedad, las clases pobres, desempleados, incluso con nuevos movimientos como los piqueteros (Auyero, 2001; Almeyra, 2004). Al parecer, a Kirchner le gustaría cambiar en parte este arreglo, creando redes de colaboración entre Estado y grupos organizados, movimientos sociales y otros tipos de organizaciones populares, lo que no es lo mismo que simplemente abandonar las prácticas clientelares sobre las que se apoyan hoy el peronismo y el Partido Justicialista (PJ), que perduran aunque el Esta-

⁵ Respecto de los empresarios, la situación es más compleja y menos dramática, puesto que lograron mantener, en grado variado, su influencia por medio de formas corporativistas tradicionales o a través de asociaciones más libres, aunque no siempre de manera coherente. Véase Boschi (1994).

do tenga mucho menos control sobre los movimientos organizados, incluso cuando son peronistas. No obstante, hay de hecho cambios de cierta magnitud en la forma de construcción de la solidaridad social. Habría una esperanza de que una nueva forma de construcción de la solidaridad social empezara a tejerse, pero no es claro, de entrada, si el justicialismo sería capaz de llevar eso a cabo.

En Brasil, por otra parte, la representación de una clase obrera efectivamente organizada, de manera más autónoma, más allá del legado de Vargas y del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), así como de la alternativa comunista, asomó por intermedio de la formación del PT en 1979. La consecución del largo proceso de transformación social promovido por la “modernización conservadora” del país permitió a enormes masas de las clases populares acceder a la libertad moderna y a un ejercicio más pleno de la ciudadanía política (Domingues, 2002b). Sin embargo, la clase obrera organizada no es ya la base principal del partido, la que ahora busca en las masas empobrecidas, por medio de programas de política social que focalizan blancos definidos, en particular en los pequeños municipios. No es en la sociedad organizada sino en una relación directa entre ciudadanos clientes y la máquina partidaria que el grupo dirigente del partido parece creer que va a encontrar la legitimación para su proyecto de poder. Se encuentra todavía en duda en qué medida esta estrategia logrará éxito en la creación de solidaridad y movilización social para romper con los *impasses* del proceso estancado de desarrollo del país y con las arraigadas estructuras sociales que a él le dan la triste posición de sociedad más desigual del mundo, según las Naciones Unidas.

Si queremos una articulación de la política más dinámica con la sociedad y una representación más verdadera por los partidos, y aun así que la ciudadanía no se agote en una actitud de pasividad basada en distintos tipos de clientelismo (personales densos y finos, pero también burocráticos), las transformaciones de las bases sociales populares para proyectos de cambio social en América Latina imponen una adaptación a nuevas formas de articulación entre fuerzas políticas y sociales. La fragmentación de los movimientos sociales, con un tipo novedoso de pluralismo (lo que no quiere decir para nada que la clase obrera organizada en forma tradicional en sindicatos no es ya relevante), de modo similar al que ocurre en Europa occidental, demanda respuestas creativas. Hay que reinventar los lazos entre sistema político y vida social de modo que la última no desperdicie sus energías en movilizaciones sin dirección o en la mera demanda de más clientelismo (para no hablar de la violencia y del crimen organizado) y que el primero no gire en el vacío, en este caso incluso al servicio de máquinas partidarias sin fe ni corazón.

Desde un punto de vista global, quizás América Latina no esté particularmente adelantada en términos de su inserción y sobre todo respecto a las soluciones oficiales a los problemas puestos por la tercera fase de la modernidad. Mercado y jerarquía parecen ser todavía los dos elementos más estimados en el pensamiento que se produce en la región, si bien la vida social se mueve con más rapidez y los estados nacionales se ven obligados a buscar nuevas formas de articularse con la sociedad. Estamos lejos aún de soluciones adecuadas en lo que hace a la participación popular en especial y a la creación de nuevas formas de solidaridad. Hay por consiguiente que experimentar caminos originales, que no se restrinjan a la nostalgia por el corporativismo ni se contenten con el modelo liberal de representación partidaria-electoral, tan desgastado en todo el mundo. Un refuerzo de las redes —es decir, de la colaboración voluntaria—, dentro de la sociedad y entre ésta en sus múltiples manifestaciones, es, quiero creer, el rumbo más prometedor para una ampliación de la democracia y de la participación ciudadana activa. Nada garantiza que lo haremos, pero el precio por quedarnos con la visión del pasado será probablemente alto.

Lo mismo es verdad en relación con la idea de desarrollo, central para la sociología latinoamericana de los años cincuenta y sesenta del siglo xx (Domingues, 1999). El Estado nacional-desarrollista no es más que un recuerdo y no volverá a la escena de la historia; eso no conlleva que la intervención directa o indirecta del Estado pueda ser descartada, puesto que el mercado por sí solo tampoco brinda soluciones efectivas para un sinnúmero de temas. ¿Seremos capaces de reinventar el desarrollo, una vez más, utilizando extensivamente el mecanismo de red, o nos aferraremos a un pasado en que lucía un Estado ya desaparecido? Ojalá la creatividad social de intelectuales, grupos dirigentes y el pueblo mismo de nuestros países se muestre suficientemente amplia para superar las barreras cognitivas y normativas que todavía nos impiden asumir la necesidad de pasos heterodoxos en cuanto a nuestro pasado reciente.

Las amenazas no son, por cierto, pocas. Al lado de los problemas de la subordinación evidente de América Latina a los países hegemónicos, nos encontramos con que al vaciamiento de la libertad política, dado que los sistemas políticos no muestran una “respuesta”, se añaden la barbarie que sufren los derechos sociales, pulverizados en el mejor de los casos en políticas no universales, y una ciudadanía civil que es en extremo deficitaria (Méndez, O’Donnell y Pinheiro, 1997), siendo en esta forma naturalizada. Eso en nada favorece a la libertad igualitaria, que consiste en el elemento central del imaginario moderno.⁶

⁶ Movimientos inversos tal vez se puedan encontrar en procesos de judicialización de la política y las relaciones sociales. Véase Werneck Vianna *et al.* (1999).

A esta altura es necesario introducir otro elemento fundamental para entender la modernidad y la dinámica social contemporánea: el concepto de desanclaje (Domingues, 2002a: especialmente caps. 1-2).

En la civilización moderna los sujetos no permanecen más presos a los contextos específicos e identidades cerradas; el peso de la memoria es más reducido, la creatividad y la reflexividad individual y social operan más intensamente. La ciudadanía, creando individuos abstractos iguales, el capitalismo, la reorganización y ampliación del espacio-temporal, primero por intermedio del Estado nacional, luego por la intensificación de la globalización, la circulación de informaciones cada vez más intensa —todos esos son elementos que desanclan a la gente, sacándola de aquellos contextos más limitados y estables, arrojándola a una situación mucho más contingente y con más amplias posibilidades de vida y de construcción de identidad. Somos forzados a ser libres, una vez que tenemos ahora que elegir, decidir qué rumbo tomar, quién queremos ser. Por supuesto memorias sociales y las restricciones sociales de clase, género, nacionales, religiosas —y sobre todo las relaciones de desigualdad y dominación que también caracterizan la modernidad— dibujan nuestro horizonte y recortan las posibilidades que se colocan para individuos y colectividades. Sin embargo, nunca antes en la historia de la especie humana tuvimos tanta libertad, ni tampoco fuimos obligados a ser libres como lo somos actualmente. Además, Occidente, del cual América Latina no es parte directamente pero con el cual desde siempre tuvimos relaciones estrechas, abriga en el seno de su imaginario *la libertad en este mundo* como un elemento fundamental. La conjunción del desanclaje universal de los sujetos y aquella herencia de elementos del imaginario produjeron la idea de libertad igualitaria típica de la modernidad, según la cual todos son igualmente libres, en contra de las concepciones anteriores que trataban la libertad como un privilegio de individuos y colectividades particulares.

Empero, la fragmentación del imaginario social y la cristalización de una perspectiva que de hecho nada tiene que ver con la ciudadanía —lo que se expresa en las políticas que separan a los pobres como público blanco y como individuos del resto de la población, socavando la libertad al sustraerle la igualdad— crean precisamente las condiciones para el abandono de la libertad igualitaria como lo que orienta el imaginario y las instituciones en esta tercera fase de la modernidad, principalmente en nuestros países. Podemos llegar a pensar que en el momento presente aquella se va degradando y deviniendo, en su dimensión utópica, no un elemento articulado a la autonomía y a la dignidad individual y colectiva, sino a un “redistribucionismo” de mercaderías a través del clientelismo, en el caso de los pobres, permitiendo algún disfrute de la adelantada dominación de la naturaleza y su explotación

hoy en día, la cual es negada por el mercado —centro del imaginario y de la utopía neoliberal—. Eso refleja, por otro lado, el consumismo; es más, la libertad de y para consumir de los ricos, mediada por el mercado, se va constituyendo en un resultado más robusto de aquellas mismas explotación y dominación.⁷ La fragmentación de la libertad es el riesgo que corremos ahora, en contra de su significado central para la modernidad. Para solucionar esos problemas las redes pueden ayudar, pero de por sí es posible que los agraven. Hacer hincapié en el carácter universal de los derechos y en la incorporación universal de la población a la dinámica social, económica y política permanece por lo tanto fundamental. *Un tipo universalista de reanclaje individual y colectivo se puede lograr en esta forma, sin desmedro de la pluralización de otros tipos de reanclaje permitidos exactamente por la libertad moderna.* Lo mismo es verdad en lo que hace a la posición de los países en el sistema global, meta presente en los programas de la CEPAL y en general en la sociología del desarrollo, lo que no debe ser descartado tampoco en nombre de una supuesta libertad de los pobres que serían entonces individual y discretamente “capacitados”, como claramente le gustaría al Banco Mundial (Domingues, 2002c). También ahí la democratización de la tercera fase de la modernidad demanda muchísimo más.

Palabras finales

Este trabajo se propuso como un intento de recorrer de manera breve el parco involucramiento de la sociología brasileña con América Latina y simultáneamente como una invitación a pensar de qué manera nuestra sociología puede aportar una mirada teórica acerca de la realidad contemporánea de la modernidad entre nosotros, sin evitar al final algunas breves cuestiones de orden normativo. La inclusión en la tercera fase de la modernidad nos torna parte de una civilización global, pero con nuestro estilo y problemas particulares. Es así también, creo, que más allá de las miradas más empíricas sobre esta misma realidad, pero sin para nada soslayarlas, podemos volver a pensar en modelos de desarrollo “*aggiornados*” que nos permitan alcanzar los niveles de libertad e igualdad, solidaridad y responsabilidad colectiva dentro del horizonte que la mejor ciencia social latinoamericana nos legó. Para eso no basta solamente la investigación empírica, guiada o no por “teorías de me-

⁷ A la diferencia de esta posible discontinuidad relativa, los datos sobre la fuerte creencia en la ciencia y la tecnología y en el aspecto positivo de la dominación de la naturaleza, en Brasil, Argentina y Uruguay, en una clave tradicionalmente moderna, sugieren que este otro elemento central del imaginario moderno poco cambió en el subcontinente. Véase Vogt y Polino (2003).

diano alcance”, alegadas como la alternativa correcta a “grandes narrativas”, teorías generales que no llevarían a nada (Portes, 2001). Tampoco basta con la denuncia del neoliberalismo y sus políticas macroeconómicas y sociales. Hace falta una teorización sistemática —no una gran narrativa por cierto— y más general, que no quede aprisionada en soluciones puntuales (tan al gusto del neoliberalismo) ni en los hechos, que por lo tanto los tome en cuenta pero los sepa interpretar dentro de un marco más robusto, para responder a los retos planteados por los despliegues de esta nueva etapa de la modernidad, buscando asimismo soluciones de cuño más sistémico. Además una perspectiva crítica pero no sólo retórica es factible en la medida en que una teorización general arroje luz sobre esos procesos. De lo contrario sólo seremos capaces de tratar limitadamente con problemas cuya solución no se ubica exclusivamente en ellos, sino se articula a fenómenos más abarcales. No hay que perder de vista el bosque por sólo mirar los árboles.

El provincianismo tampoco nos ayuda en este intento. Tal vez los científicos sociales hispanohablantes hayan percibido, hace ya un largo rato, la limitación de una mirada exclusivamente nacional; pero si la amplitud del punto de vista no excluye tal mirada, en cambio, el conocimiento preciso de la realidad de los diversos y distintos países de América Latina es para la teoría una premisa necesaria. En eso la sociología brasileña no es a menudo mala, a veces ha producido obras de peculiar valor. Aunque no haya verdaderamente abrazado el tema de su inserción en esta realidad más amplia, el interés por ella entre los investigadores parece indicar un momento de madurez para que su provincianismo sea superado en ese sentido. Es hora de que la sociología acepte el reto de la integración empírica, comparada y teórica de la situación nacional brasileña en la más amplia realidad de Latinoamérica. Tal vez también el concepto de tercera fase de la modernidad le ayude a dar ese paso.

Recibido: septiembre, 2004

Revisado: octubre, 2004

Correspondencia: Director de Encino/Director Académico/IUPERJ/Rua da Matriz 82/22260-100/Río de Janeiro/RJ, Brasil/correo electrónico: jmdomingues@iuperj.br

Bibliografía

Almeyra, Guillermo (2004), *La protesta social en la Argentina (1990-2004)*, Buenos Aires, Continente.

- Auyero, Javier (2001), *La política de los pobres. Las prácticas clientelísticas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial.
- Basset, Yann (2004), "El derrumbe del modelo boliviano de gobernabilidad", *Análisis político*, núm. 51, pp. 51-63.
- Boltanski, Lue y Ève Chiapello (1999), *Le Nouvel esprit du capitalisme*, París, Gallimard.
- Borón, Atilio (2003), *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- Boschi, Renato (1994), "Democratización y reestructuración del sector privado en América Latina", *Síntesis*, núm. 22, pp. 131-165.
- Cardoso, Fernando Henrique (2002), "Sérgio, um jovem eterno", *O Globo*, segundo cuaderno, 14 de Julio.
- (1975a) [1977], "'Teoria da dependência' ou análise concreta de situações de dependência?", en *O modelo político brasileiro*, São Paulo, Difel.
- (1975b), *Autoritarismo e democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- (1967), "The Industrial Elite", en Martin S. Lipset y Aldo Solari (comps.), *Elites in Latin America*, Nueva York, Oxford University Press.
- (1965), *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes. Ideologia do empresariado industrial argentino e brasileiro*, Río de Janeiro, Zahar.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto (1969)[1970], *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, Río de Janeiro, Zahar.
- Cavarozzi, Marcelo y Juan Abal Medina (comps.) (2002), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens.
- Cohn, Gabriel (1987), "O ecletismo bem temperado", en Maria Ângela D'Incao (comp.), *O saber militante. Ensaio para Florestan Fernandes*, São Paulo, Unesp y Paz e Terra.
- Costa Pinto, Luiz (1970), *Desenvolvimento econômico e transição social*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2a. ed.
- (1963a), *Sociologia e desenvolvimento*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- (1963b), "Modernização e desenvolvimento", en L. C. Pinto y Waldomiro Bazzanella (comps.), *Teoria do desenvolvimento*, Río de Janeiro, Zahar.
- Devés Valdés, Eduardo (2003), *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx*, t. II, Buenos Aires, Biblos.
- Domingues, José Mauricio (en prensa), "Nationalism in South and Central America", en Gerard Delanty y Krishan Kumar (comps.), *Handbook of Nationalism*, Londres, Sage.
- (2002a), *Interpretando a modernidade. Imaginário e instituições*, Río de Janeiro, Editora FGV.
- (2002b) [2004], "A dialética da modernização conservadora e a nova história do Brasil", en *Ensaio de sociologia*, Belo Horizonte, Editora UFMG.
- (2002c) [2003], "Amartya Sen, a liberdade e o desenvolvimento", en *Do ocidente à modernidade. Intelectuais e mudança social*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- (1999) [2003], "Desenvolvimento, modernidade e subjetividade", en *Do*

- ocidente à modernidade. Intelectuais e mudança social*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- (1992) [2003], “A América. Intelectuais, interpretações e identidades”, en *Do ocidente à modernidade. Intelectuais e mudança social*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Fernandes, Florestan (1979a), *Apontamentos sobre a teoria do autoritarismo*, São Paulo, Hucitec.
- (1979b), *Da guerrilha ao socialismo: a revolução cubana*, São Paulo, TA Queiroz.
- (1975a), *A revolução burguesa no Brasil*, Rio de Janeiro, Zahar.
- (1975b), *Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar.
- (1958), “O padrão científico dos sociólogos brasileiros”, en *A sociologia no Brasil*, Petrópolis, Vozes.
- García Canclini, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- Garza Toledo, Enrique de la (comp.) (2000), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México, FLACSO.
- Germani, Gino (1965), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- González Casanova, Pablo (1965), *La democracia en México*, México, Era.
- Ianni, Otávio (1974), *La formación del Estado Populista en América Latina*, México, Era.
- Lippi, Lúcia (1995), “As ciências sociais no Rio de Janeiro”, en Sérgio Miceli (comp.), *As ciências sociais no Brasil*, São Paulo, Idesp.
- Maior, Marcos Chor y Gláucia Villas Boas (comps.) (1999), *Ideais de modernidade e sociologia no Brasil: a contribuição de Luiz Costa Pinto*, Porto Alegre, Editora da UFRS.
- Méndez, Juan, Guillermo O’Donnell y Paulo Sérgio Pinheiro (comps.) (1997) [2003], *La (in)efectividad de la ley y la exclusión en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.
- Miceli, Sérgio (comp.) (1995), *As ciências sociais no Brasil*, São Paulo, Idesp.
- Nun, José (2001), *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Portes, Alejandro (2001), “Sociology in the Hemisphere: Past Convergencies and a New Conceptual Agenda”, Princeton, Program in Latin American Studies, Princeton University (*Working Paper*, núm. 6).
- Spalding Jr., Hobart (1987), *Organized Labor in Latin America*, Nueva York, Harper & Row.
- Trotsky, León (1967) [1932-1933], *History of the Russian Revolution*, vol. 1, Londres, Sphere Book.
- Vogt, Carlos y Carmelo Polino (comps.) (2003), *Percepção pública de la ciencia. Resultados de la encuesta en Argentina, Brasil, España y Uruguay*, Campinas, Unicamp.
- Wagner, Peter (1994), *A Sociology of Modernity*, Londres, Routledge.

Weffort, Francisco (1978), *O populismo na política brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.

Werneck Vianna, Luiz (1997), *A revolução passiva*, Rio de Janeiro, Revan.

— (1976), *Liberalismo e sindicato no Brasil*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.

Werneck Vianna, Luiz *et al.* (1999), *A judicialização da política e das relações sociais*, Rio de Janeiro, Revan.